

“¿Arden nuestros corazones por el regreso de Jesús?

32o Domingo del Tiempo Ordinario

La parábola de las diez damas de honor

¡A todo el mundo le encantan las bodas! Las bodas en la época de Jesús a veces duraban siete días. ¡Siete días! !UNA SEMANA! Qué padre, ¿no? ¿Pueden imaginar qué tipo de fiesta? Echemos un vistazo a la escena de los tiempos de los Evangelios: todo el pueblo estaba invitado a la celebración en la que se echa la casa por la ventana. Después del intercambio de votos, el novio debía irse a preparar un lugar para la novia.

El trabajo de la dama de honor era atender a la novia mientras su prometido estaba fuera y, luego acompañar a la feliz pareja para comenzar su vida matrimonial en el lugar que el novio había preparado para ella. Así que todo el mundo estaba esperando el regreso del novio. Como no había una hora programada para su regreso –como se ve en el Evangelio de Mateo de hoy–, las cinco damas de honor prudentes traían frascos de aceite extra, pero no las cinco descuidadas –las insensatas, las imprudentes, las distraídas–. El novio se retrasaba mucho y todas las damas de honor se dormían. Pero se despertaron en medio de la noche al escuchar el regocijo que el novio había regresado.

Las lámparas de las prudentes ardían intensamente mientras que las de las descuidadas quedaban sin aceite. Mientras las insensatas iban a comprar más aceite, las damas sensatas corrían ansiosas hacia el novio, lo saludaban con entusiasmo e inmediatamente entraron con él al banquete de bodas. !LA FIESTA!

La historia se vuelve trágica para las que no estaban preparadas cuando “la puerta del salón de bodas estaba cerrada”. Las descuidadas damas de honor regresaron para encontrar la puerta cerrada y gritaron: “¡Señor, Señor, ábrenos la puerta!” La respuesta es una de las líneas más devastadoras de toda la Escritura: “No te conozco”. Este es un final triste para las damas de honor descuidadas que no estuvieron preparadas.

Por un lado, en esta parábola, la boda es el reino de Dios, el novio es Jesús, la novia bellísima es la Iglesia y nosotros somos las damas de honor muy bonitas. (Samuel, ¡hoy estás muy bonito!) Nuestras lámparas representan nuestras vidas ardiendo espiritualmente con el amor de Dios. El destino de las damas de honor ilustra dos posibilidades que nos esperan: si estamos listos espiritualmente para recibir a Jesús a su regreso, seremos juzgados dignos de estar en el cielo, es decir en el banquete, la fiesta eterna. Si no estamos listos, seremos juzgados indignos para unirnos a Dios y a los santos (que incluyen a nuestros parientes, familiares, amigos, y cuates) en el cielo.

El mal ejemplo de los insensatos nos pregunta:

1. ¿Nos distraemos espiritualmente de Dios debido a nuestro apego excesivo a las cosas terrenales?
2. ¿Hay momentos en que estamos espiritualmente dormidos?
3. ¿Estamos espiritualmente preparándonos para cuando Jesús llegue?
4. ¿O, estaremos espiritualmente ausentes cuando venga a llevarnos al banquete celestial?

Por otro lado, hay un final feliz para las damas de honor cuidadosas. Ellas anticiparon la demora en el regreso del novio, pero seguían confiando en que volvería. No tenían por qué entrar en pánico; podían descansar en paz sabiendo que estaban listas para su eventual llegada. Sabían que la decisión de ser discípulas es profundamente personal y asumieron la plena responsabilidad de sus propias vidas, decisiones y acciones de fe.

El comportamiento de las damas de honor sabias puede ayudarnos a preguntar.

1. Aunque el regreso de Jesús parece retrasarse: ¿qué tan seguros espiritualmente estamos de su regreso?
2. ¿Nos estamos preparando espiritualmente para el regreso de Jesús?
3. ¿Qué comportamientos espiritualmente no nos preparan para el cielo?
4. Si hay áreas en las que mejorarnos espiritualmente, ¿buscamos cambiarlas?

Así que a todos nos encantan las fiestas, ¿no? Ninguno de nosotros quiere estar afuera de la pachanga. Pregúntate ... ¿estás preparado espiritualmente? ¿Tu vida arde con el amor de Dios y con el amor del prójimo? ¿Vas a vigilar su regreso y celebrar con él dentro de la puerta del cielo en el banquete eterno? No queremos escuchar las palabras: “No te conozco”. Más bien, queremos escuchar a Dios decir: “Bien hecho, mi buen y fiel siervo. ¡Ven y comparte la felicidad de tu amo!” ¡Porque nos encanta la fiesta! ¿NO?